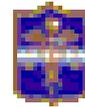




UBA



CIEEM 2015/2016

Lengua

Clase n° 23 – Sábado 23 de septiembre de 2017

Comprensión lectora

➤ Leé siguiente cuento de Ray Bradbury y luego resolvé las actividades:

La mañana verde

Cuando el sol se puso, el hombre se acuclilló junto al sendero y preparó una cena frugal y escuchó el crepitar de las llamas mientras se llevaba la comida a la boca y masticaba con aire pensativo. Había sido un día no muy distinto de otros treinta, con muchos hoyos cuidadosamente cavados en las horas del alba, semillas echadas en los hoyos, y agua traída de los brillantes canales. Ahora, con un cansancio de hierro en el cuerpo delgado, yacía de espaldas y observaba cómo el color del cielo pasaba de una oscuridad a otra.

Se llamaba Benjamín Driscoll, tenía treinta y un años, y quería que Marte creciera verde y alto con árboles y follajes, produciendo aire, mucho aire, aire que aumentaría en cada temporada. Los árboles refrescarían las ciudades abrasadas por el verano, los árboles pararían los vientos del invierno. Un árbol podía hacer muchas cosas: dar color, dar sombra, fruta o convertirse en paraíso para los niños; un universo aéreo de escalas y columpios, una arquitectura de alimento y de placer, eso era un árbol. Pero los árboles, ante todo, destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos, cuando uno está acostado de noche en lechos de nieve y el sonido invita dulcemente a dormir.

Benjamín Driscoll escuchaba cómo la tierra oscura se recogía en sí misma, en espera del sol y las lluvias que aún no habían llegado. Acercaba la oreja al suelo y escuchaba a lo lejos las pisadas de los años e imaginaba los verdes brotes de las semillas sembradas ese día; los brotes buscaban apoyo en el cielo, y echaban rama tras rama hasta que Marte era un bosque vespertino, un huerto brillante.

En las primeras horas de la mañana, cuando el pálido sol se elevase débilmente entre las apretadas colinas, Benjamín Driscoll se levantaría y acabaría en unos pocos minutos con un desayuno ahumado, aplastaría las cenizas de la hoguera y empezaría a trabajar con los sacos a la espalda, probando, cavando, sembrando semillas y bulbos, apisonando levemente la tierra, regando, siguiendo adelante, silbando, mirando el cielo claro cada vez más brillante a medida que pasaba la mañana.

-Necesitas aire -le dijo al fuego nocturno.

El fuego era un rubicundo y vivaz compañero que respondía con un chasquido, y en la noche helada dormía allí cerca, entornando los ojos, sonrosados, soñolientos y tibios.

-Todos necesitamos aire. Hay aire enrarecido aquí en Marte. Se cansa uno tan pronto... Es como vivir en la cima de los Andes. Uno aspira y no consigue nada. No satisface.

Se palpó la caja del tórax. En treinta días, cómo había crecido. Para que entrara más aire había que desarrollar los pulmones o plantar más árboles.

-Para eso estoy aquí -se dijo. El fuego le respondió con un chasquido-. En las escuelas nos contaban la historia de Juanito Semillas de manzana, que anduvo por Estados Unidos plantando semillas de manzanos. Bueno, pues yo hago más. Yo planto robles, olmos, arces y toda clase de árboles, álamos, cedros y castaños. No pienso sólo en alimentar el estómago con fruta, fabrico aire para los pulmones. Cuando estos árboles crezcan algunos de estos años, ¡cuánto oxígeno darán!

Recordó su llegada a Marte. Como otros mil paseó los ojos por la apacible mañana y se dijo:

-¿Qué haré yo en este mundo? ¿Habrà trabajo para mí?

Luego se había desmayado.

Volvió en sí, tosiendo. Alguien le apretaba contra la nariz un frasco de amoníaco.

-Se sentirá bien en seguida -dijo el médico.

-¿Qué me ha pasado?

-El aire enrarecido. Algunos no pueden adaptarse. Me parece que tendrá que volver a la Tierra.

-¡No!

Se sentó y casi inmediatamente se le oscurecieron los ojos y Marte giró dos veces debajo de él. Respiró con fuerza y obligó a los pulmones a que bebieran en el profundo vacío.

-Ya me estoy acostumbrando. ¡Tengo que quedarme!

Lo dejaron allí, acostado, boqueando horriblemente, como un pez. «Aire, aire, aire -pensaba-. Me mandan de vuelta a causa del aire.» Y volvió la cabeza hacia los campos y colinas marcianos, y cuando se le aclararon los ojos vio en seguida que no había árboles, ningún árbol, ni cerca ni lejos. Era una tierra desnuda, negra, desolada, sin ni siquiera hierbas. Aire, pensó, mientras una sustancia enrarecida le silbaba en la nariz. Aire, aire. Y en la cima de las colinas, en la sombra de las laderas y aun a orillas de los arroyos, ni un árbol, ni una solitaria brizna de hierba. ¡Por supuesto! Sintió que la respuesta no le venía del cerebro, sino de los pulmones y la garganta. Y el pensamiento fue como una repentina ráfaga de oxígeno puro, y lo puso de pie. Hierba y árboles. Se

miró las manos, el dorso, las palmas. Sembraría hierba y árboles. Ésa sería su tarea, luchar contra la cosa que le impedía quedarse en Marte. Libraría una privada guerra hortícola contra Marte. Ahí estaba el viejo suelo, y las plantas que habían crecido en él eran tan antiguas que al fin habían desaparecido. Pero ¿y si trajera nuevas especies? Árboles terrestres, grandes mimosas, sauces llorones, magnolias, majestuosos eucaliptos. ¿Qué ocurriría entonces? Quién sabe qué riqueza mineral no ocultaba el suelo, y que no asomaba a la superficie porque los helechos, las flores, los arbustos y los árboles viejos habían muerto de cansancio.

-¡Permítanme levantarme! -gritó-. ¡Quiero ver al coordinador!

Habló con el coordinador de cosas que crecían y eran verdes, toda una mañana. Pasarían meses, o años, antes de que se organizaran las plantaciones. Hasta ahora, los alimentos se traían congelados desde la Tierra, en carámbanos volantes, y unos pocos jardines públicos verdeaban en instalaciones hidropónicas.

-Entretanto, ésta será su tarea -dijo el coordinador-. Le entregaremos todas nuestras semillas; no son muchas. No sobra espacio en los cohetes por ahora. Además, estas primeras ciudades son colectividades mineras, y me temo que sus plantaciones no contarán con muchas simpatías.

-¿Pero me dejarán trabajar?

Lo dejaron. En una simple motocicleta, con la caja llena de semillas y retoños, llegó a este valle solitario, y echó pie a tierra.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y nunca había mirado atrás. Mirar atrás hubiera sido descorazonarse para siempre. El tiempo era excesivamente seco, parecía poco probable que las semillas hubiesen germinado. Quizá toda su campaña, esas cuatro semanas en que había cavado encorvado sobre la tierra, estaba perdida. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el inmenso valle soleado, alejándose de la primera ciudad, aguardando la llegada de las lluvias.

Mientras se cubría los hombros con la manta, vio que las nubes se acumulaban sobre las montañas secas. Todo en Marte era tan imprevisible como el curso del tiempo. Sintió alrededor las calcinadas colinas, que la escarcha de la noche iban empapando, y pensó en la tierra del valle, negra como la tinta, tan negra y lustrosa que parecía arrastrarse y vivir en el hueco de la mano, una tierra fecunda en donde podrían brotar unas habas de larguísimos tallos, de donde caerían quizás unos gigantes de voz enorme, dándose unos golpes que le sacudirían los huesos.

El fuego tembló sobre las cenizas soñolientas. El distante rodar de un carro estremeció el aire tranquilo. Un trueno. Y en seguida un olor a agua.

«Esta noche -pensó. Y extendió la mano para sentir la lluvia-. Esta noche.»

Lo despertó un golpe muy leve en la frente.

El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota le cayó en un ojo, nublándolo. Otra le estalló en la barbilla.

La lluvia.

Fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo como un elixir mágico que sabía a encantamientos, estrellas y aire, arrastraba un polvo de especias, y se le movía en la lengua como raro jerez liviano.

Se incorporó. Dejó caer la manta y la camisa azul. La lluvia arreciaba en gotas más sólidas. Un animal invisible danzó sobre el fuego y lo pisoteó hasta convertirlo en un humo airado. Caía la lluvia. La gran tapa negra del cielo se dividió en seis trozos de azul pulverizado, como un agrietado y maravilloso esmalte, y se precipitó a tierra. Diez mil millones de diamantes titubearon un momento y la descarga eléctrica se adelantó a fotografiarlos. Luego, oscuridad y agua.

Calado hasta los huesos, Benjamín Driscoll se reía y se reía mientras el agua le golpeaba los párpados. Aplaudió, y se incorporó, y dio una vuelta por el pequeño campamento, y era la una de la mañana.

Llovió sin cesar durante dos horas. Luego aparecieron las estrellas, recién lavadas y más brillantes que nunca.

El señor Benjamín Driscoll sacó una muda de ropa de una bolsa de celofán, se cambió, y se durmió con una sonrisa en los labios.

El sol asomó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la tierra y despertó al señor Driscoll.

No se levantó en seguida. Había esperado ese momento durante todo un interminable y caluroso mes de trabajo, y ahora al fin se incorporó y miró hacia atrás.

Era una mañana verde.

Los árboles se erguían contra el cielo, uno tras otro, hasta el horizonte. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino todos los que había plantado en semillas y retoños. Y no árboles pequeños, no, ni brotes tiernos, sino árboles grandes, enormes y altos como diez hombres, verdes y verdes, vigorosos y redondos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes, árboles alineados sobre las colinas, limoneros, tilos, pinos, mimosas, robles, olmos, álamos, cerezos, arces, fresnos, manzanos, naranjos, eucaliptos, estimulados por la lluvia tumultuosa, alimentados por el suelo mágico y extraño, árboles que ante sus propios ojos echaban nuevas ramas, nuevos brotes.

-¡Imposible! -exclamó el señor Driscoll.

Pero el valle y la mañana eran verdes.

¿Y el aire?

De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el aire nuevo, el oxígeno que brotaba de los árboles verdes. Se podía ver brillando en las alturas, en oleadas de cristal. El oxígeno, fresco, puro y verde, el oxígeno frío que transformaba el valle en un delta frondoso. Un instante después las puertas de las casas se abrían de par en par y la gente se precipitaría en el milagro nuevo del oxígeno, aspirándolo en bocanadas, con mejillas rojas, narices frías, pulmones revividos, corazones agitados, y cuerpos rendidos animados ahora en pasos de baile.

Benjamín Driscoll aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo, y se desmayó.

Antes de que despertara de nuevo, otros cinco mil árboles habían subido hacia el sol amarillo.

ACTIVIDADES:

- 1) ¿Cuál es el marco del relato?
- 2) ¿Qué situaciones o hechos te resultaron inesperadas? ¿por qué?
- 3) ¿Cuál es la tarea que emprende Driscoll y por qué la inicia?

Ciencia ficción

“El futuro llegó, hace rato”

La ciencia ficción se autodefine desde su nombre: es un género basado en la ficción científica. La tecnología y sus diversas aplicaciones son las bases para la construcción de su verosímil.

Haciendo un poco de historia, algunas teorías ubican el inicio de este movimiento con la aparición de “*Frankenstein*” de Mary Shelley. Luego aparecieron, también, las obras de Herbert George Wells (“*La máquina del tiempo*”, “*La isla del Dr. Moreau*”, “*El hombre invisible*” y “*La guerra de los mundos*”).

Con el correr del tiempo y la permanente aparición de descubrimientos científicos, la literatura debió abrirse hacia nuevos rumbos, marcados por los avances tecnológicos y científicos. Las acciones comenzaron a situarse en coordenadas espacio-temporales diferentes a las nuestras.

Este género también fue llamado “literatura de anticipación”, dado que múltiples autores (Julio Verne, por ejemplo), plasmaron, en sus obras, el surgimiento de logros científicos, incluso antes de la aparición en la realidad (cohetes, submarinos), así como también una advertencia sobre las consecuencias que el planeta podría sufrir en función del comportamiento humano.

A partir de 1920, autores fundamentales para el afianzamiento de la ciencia ficción, como Philip Dick (“*¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*”, “*Minority report*”) y Ray Bradbury (“*Crónicas Marcianas*” –de donde tomamos el cuento que leímos-, “*El sonido de un trueno*”), Isaac Asimov y Arthur Clarke alcanzaron gran popularidad.

Los temas más frecuentes en este tipo de narración son:

- Viajes a través del tiempo.
- Viajes espaciales.
- Mundos alternativos (utopía-ideal/distopía-no deseado).
- Transporte planetario novedoso (cohetes, submarinos, autos voladores).
- Rebelión de las máquinas/robots.

ACTIVIDADES



- 1) ¿Qué temas propios de la ciencia ficción se presentan en el cuento leído?
- 2) ¿Por qué podemos afirmar que “La mañana verde” es un cuento de ciencia ficción?

Voz activa/voz pasiva

En clases pasadas hemos visto las características de las oraciones bimembres y unimembres. También trabajamos con las estructuras particulares de cada una.

En determinadas situaciones deseamos destacar el hecho sucedido más que quién lo realizó. Por ese motivo, utilizamos las llamadas **oraciones en voz pasiva**.

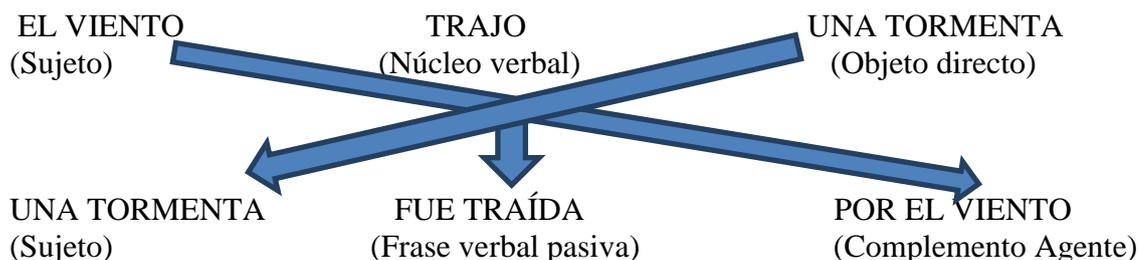
➤ Las características de este tipo de oraciones son:

-El núcleo del predicado será una frase verbal, no un verbo simple.

-El que realiza la acción será un complemento agente del predicado, no un sujeto.

-El producto de esa acción concretada será el sujeto de la oración.

A fin de realizar correctamente el análisis de este tipo de oraciones debemos reconocer muy bien el OD. Por ejemplo:



Ahora, teniendo en cuenta lo explicado, te invitamos a transformar en V.P o V.A (según corresponda) las siguientes oraciones adaptadas del cuento:

- a) El hombre preparó una cena frugal.
- b) Escuchó el crepitar de las llamas.
- c) Los árboles destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos.
- d) Yo planto robles, olmos, arces y toda clase de árboles, álamos, cedros y castaños.
- e) Le entregaremos todas nuestras semillas.
- f) El oxígeno frío transformaba el valle en un delta frondoso.
- g) Benjamín Driscoll aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo.

Tarea para la próxima clase

- I. Analizá sintácticamente las oraciones del siguiente párrafo y transformá las voces según corresponda:

El espacio presenta cosas desconocidas. Las exploraciones de las agencias espaciales han encontrado cuerpos celestes. Para su conocimiento, fue pensada la misión Voyager. Dos naves idénticas fueron lanzadas al espacio para la investigación de los límites del Sistema Solar. Ambas naves fueron enviadas por los expertos en 1997. Cada nave lleva un saludo para las formas de vida del espacio. Dichos mensajes fueron grabados en un disco fonográfico con diversas expresiones en sonidos e imágenes sobre la vida en la Tierra. Este contenido fue elegido por un comité. Carl Sagan presidió dicha comisión.

- II. Leé atentamente el siguiente texto y luego resolvé las actividades:

Los ingenieros que mantienen viva la aventura de la misión Voyager

Son un puñado de expertos que permanecen en sus puestos desde el comienzo

MARTES 05 DE SEPTIEMBRE DE 2017

Nora Bär

A cuarenta años de su lanzamiento, las naves Voyager, esas pequeñas viajeras interestelares, todavía se comunican con la Tierra. "En el Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA (JPL, según sus siglas en inglés), hay un centro donde están todas las antenas desde donde se controlan las distintas misiones al espacio profundo -cuenta Miguel San Martín, el ingeniero argentino que fue responsable del descenso de la sonda Curiosity, de la agencia espacial norteamericana, en Marte-. Allí hay un panel que dice qué naves se están comunicando y muchas veces están recibiendo información de las Voyager, que están tan lejos, que las transmisiones tardan horas y horas en llegar hasta nosotros."

En la actualidad, los responsables de mantener viva la aventura son nueve ingenieros, algunos de los cuales trabajan en esta misión desde la década del 80 o más. Tal vez la figura más destacada sea Ed Stone, que se incorporó al equipo en 1972. Jefferson Hall, su director de vuelo, lo hizo en 1978.

En el extenso artículo *The Loyal Engineers Steering NASA's Voyager Probes Across the Universe* [Los leales ingenieros que conducen las sondas Voyager de la NASA a través del universo] que acaba de publicar The New York Times, Kim Tingley traza la semblanza de este grupo extraordinario.

Allí describe también a Enrique Medina, de 68 años, experto en el sistema de producción de energía de las Voyager, que jura que no las dejará por otra misión hasta que dejen de existir ("O hasta que yo deje de existir", bromea).

A Larry Zottarelli, que volvió al equipo a los 77 años tras haberse retirado porque era el único del mundo capaz de hacer ciertas modificaciones en el software de a bordo, demasiado antiguo para los actuales programadores.

Y a Sun Kang Matsumoto, Tom Weeks, Roger Ludwig y Suzanne Dodd, todos ellos encargados de las funciones vitales de estos extraordinarios robots espaciales.

Ellos todavía se aseguran de que sigan funcionando con computadoras que tienen menos memoria que un celular de 16 gigas, y permanecen atentos a sus débiles mensajes que llegan desde miles de millones de kilómetros de distancia y a pesar de que los receptores de radio de la Voyager II están rotos o estropeados desde hace mucho.

Todos ellos eran jóvenes y rebosaban de entusiasmo por la promesa de una *grand tour* por el Sistema Solar exterior cuando las Voyager partían hacia el espacio. Hoy son los guardianes de una aventura sin igual.

- a) Comentá brevemente el contenido del artículo.
- b) Transformá el texto en un cuento de Ciencia Ficción. Contás con treinta líneas para resolver esta consigna. Recordá que tu producción debe ser coherente y cohesiva y dar cuenta de las características del género indicado.